

ALBERTINA, LA AYUDANTE DE SAN MARTÍN.

Liza Porcelli Liussi.



Albertina, la ayudante de San Martín.

Liza Porcelli Piussi

A mis padres, a mis hermanos y a mis sobrinos: mi patria.

ÍNDICE

1. La carta.
2. Confianza.
3. Bienvenida.
4. Granaderos.
5. Señora Logia Lautaro.
6. San Lorenzo.
7. El cruce.
8. Indio.
9. La lista.
10. Merceditas.
11. Regreso.

1. La carta

La maestra pide que cada uno le escriba una carta a San Martín, y antes de que yo pueda empezar, mi compañero de banco me dice al oído que eso es una pavada. Que es como escribirle a Papá Noel, porque San Martín nunca va a recibir la carta.

Pero él enseguida se pone a escribir la suya como si nada, mientras que yo no puedo ni empezar la mía. Es que sus palabras me enojan. ¿Cómo va a comparar a San Martín con Papá Noel?

Tengo ganas de ir y contarle a la maestra lo que dijo. Si no lo hago es solo porque San Martín nunca lo hubiera alcahueteado. De haber sido alcahuete, San Martín habría detenido a Belgrano como le ordenaron. Para juzgarlo al pobre por perder dos batallas. ¡Ja! ¡Como si Belgrano lo hubiera hecho a propósito! Nadie quiere perder, ¡menos todavía si perdiendo te pueden matar! San Martín debía pensar igual que yo, porque no hizo caso a la orden. Se encontró con Belgrano, recibió el mando de su ejército y, como amigos, los dos se quedaron hablando de la revolución porque el fútbol todavía no existía.

Igualmente, ¿cómo se le va a ocurrir comparar a San Martín con Papá Noel? Encima ahora no para de

escribir el muy descarado. Y seguramente después, la maestra lo va a felicitar por su gran carta. Pero a mí me hubiera gustado verlo delante de San Martín. A ver si se animaba entonces a pedirle regalos...

Cuando yo era chiquita, daba cualquier cosa por encontrarme con Papá Noel. No sabía bien para qué, pero igual lo quería. Hasta que en alguna Navidad, lo hicieron aparecer recién cuando todos los chicos estuvimos sentados en silencio. "Si no, no va a venir", decían. Así me di cuenta de que Papá Noel no debía existir.

En cambio, con San Martín no puedo tener la ilusión de encontrarnos, porque él existió de verdad y, aunque nos quedemos callados, nadie puede hacerlo aparecer. Lo más triste es que con San Martín yo sí sé para qué querría encontrarme.

La maestra ve que soy la única que no escribe y se me acerca. Pero yo no tengo ganas de que todos sepan lo que me pasa. Aprovecho entonces lo que dijo mi compañero y solo le explico bajito que para qué voy a escribirle a San Martín si él nunca va a recibir la carta.

La maestra me responde en voz alta que no importa si San Martín no lee lo que queremos decirle, porque

a los próceres se los recuerda así, con el sentimiento.

—Imaginen —le insiste al grado entero—, ¿qué le dirían si pudieran viajar en el tiempo?

¿Qué? ¿Una máquina del tiempo? ¡Eso sí que es una pavada! Por suerte no tengo ni que imaginármela porque hace mucho que yo sé lo que le diría.

"Quiero ser su ayudante".

¡Eso le diría a San Martín! Porque soy muy buena haciendo cuentas, y él necesitaría alguien que le cuente los soldados antes de cada batalla. Y que después pueda hacer bien la resta de los que murieron, para saber cuántos soldados quedan para la próxima batalla. Yo podría hacer eso. Ahora mismo, por ejemplo, puedo hacer mentalmente 2008, que es cuando yo nací, menos 1778, que es cuando él nació, y me da 230, que es el número que tendría que poner en la supuesta máquina para que me lleve directo a Yapeyú.

2. Confianza

Yapeyú... Eso sería lo mejor. Que San Martín y yo nos conociéramos desde el principio, desde cuando él vivía en la misión con los guaraníes. Así yo pasaría desapercibida, porque muchos dicen que soy medio india, hasta mamá lo dice.

Todavía mejor sería que nos hiciéramos amigos antes de que él se vaya a España con su familia. Cuando solo tiene tres años y ni sospecha que de grande va a convertirse nada menos que en San Martín. Pero yo sí tendría que saberlo, porque si no seguro que no le daría ni bolilla a un nene tan chiquito.

Lo bueno de ya ser amigos es que cuando San Martín decide volver a América para ayudarnos con nuestra independencia, él podría escribirme una carta y avisarme que está por venir. Yo enseguida le ofrecería mi cuarto para quedarse y me prepararía para su regreso (al menos estudiando lo que vimos en la escuela sobre la Revolución de Mayo y terminando de leer la biografía que me regaló papá).

Pero acá nadie estaba preparado para recibirlo. Ni en España sabían para qué venía San Martín. Los tuvo que engañar porque si no nunca lo hubieran dejado irse.

Igual yo entendería si San Martín no me escribiera una carta para contarme de su regreso y sus planes de liberación. Es que después de tantos años fuera del país, él no sabría si se puede confiar en mí.

Primero, yo tendría que demostrárselo.

3. Bienvenida

¿Cómo habrá hecho San Martín para querer tanto a la Argentina si de chico vivió acá apenas cuatro años, cuando todavía ni se llamaba "Argentina"? Tampoco era que sus padres o sus amigos siguieran en esta tierra como para quererla por amor a ellos. No, San Martín vino solo y acá no tenía a nadie.

Me lo imagino, recién llegado de Europa después de casi treinta años viviendo afuera... En Buenos Aires sería pleno verano cuando él baja del barco vistiendo todavía el uniforme de general y las botas que usaba en España. Después de cincuenta días en alta mar, seguramente quiere ejercitar las piernas y sale a caminar antes de poder comprarse unas alpargatas para ir más cómodo.

En eso, un perro pasa junto a él con la cabeza en alto y el trote contento. Es Indio, mi perro, al que le encanta callejear. Lleva en la boca una tira de asado con ese olor crocante que da la leña. "Corajudo, el perro —pensaría San Martín—, pudo esquivar al asador, pudo esquivar el fuego y seguro soportó quemarse para sacar la carne de la parrilla", Pero Indio ni lo mira, a él no le interesa la historia. Marcha decidido porque sabe bien hacia dónde va. San

Martín decide escoltarlo. Seguir los pasos de un perro valiente no puede ser un mal rumbo.

Indio se aleja de los adoquines de la ciudad y continúa por calles de tierra hacia los campos. Cuando sale de la huella y se mete en el yuyal, San Martín lo sigue con cuidado porque el perro podría sentirse perseguido por retaguardia y atacarlo para defender lo que ahora es suyo.

Los caballos que pastan alrededor levantan la cabeza y mueven las orejas, atentos. Se abre un claro sin yuyos debajo de un inmenso aguaribay. Mi perro desaparece en una pequeña trinchera que escarbó junto a una raíz. San Martín se sienta con la espalda apoyada en el tronco. Los caballos, que a su paso se habían alejado, vuelven a pastar tranquilos.

San Martín respira hondo y mira el campo infinito delante de sus ojos. Con su mano toca la tierra húmeda y con el dedo índice dibuja una línea que sube y después baja. Al lado, repite la misma figura y dibuja otra montaña, y una más por detrás y otra igual en cadena.

Mi perro reaparece. Huele las botas de San Martín. Lo acompaña una perra con la panza caída (su amiga de acá a la vuelta) que espera hasta saber si se puede o no confiar en ese hombre. Los dos perros

tienen el hocico brillante de grasa. Un batallón de cachorros caminan a su alrededor como payasos torpes.

San Martín estira el brazo con la mano caída, como hay que hacer para que Indio vea en su gesto una bandera blanca. Cuando los perros se relajan y se sientan, San Martín acaricia las montañas que dibujó en la tierra. Mira a los caballos libres que se crían solos gracias al pasto de la pampa, mira a mi perro que compartió su tesoro y a la madre que les enseña modales a sus cachorros...

—Un regimiento de granaderos a caballo... ¡Eso debo crear! —Los perros levantan las orejas, no pueden contestarle, pero a San Martín no le importa, solo quiere contarle su idea a alguien que nunca lo traicione, y conmigo todavía no se ha reencontrado —. Serán granaderos como los de España y Francia —les explica San Martín—, pero los nuestros irán al galope para poder recorrer la inmensidad de esta patria. Acá los hombres montan a caballo desde chicos, son jinetes de nacimiento. En las batallas que tengamos, los caballos serán entonces carne y uña de nuestros granaderos.

Los cachorros empiezan a desperdigarse, se muerden jugando, llorisquean. San Martín se levanta,

se toma las manos por la espalda y se pone a caminar. Va de un lado al otro con el cuerpo hacia adelante y la vista al piso:

—¡Pero solo los apasionados por la patria podrán ser granaderos! —asegura San Martín sin dejar de caminar—. Yo mismo elegiré a los hombres. Eso sí, a los elegidos voy a enseñarles como si fueran mis propios hijos todo lo que aprendí en mis años sirviendo a España. Así, mis granaderos serán más que soldados, serán ejemplos del bien. Y yo me sentiré orgulloso y seguro marchando con ellos.

San Martín deja de caminar y levanta la vista del piso. Mi perro, la perra y los tres caballos lo están mirando. Los cachorros ahora forman fila sobre el vientre de su mamá. Una ráfaga de viento muy fuerte hace en el pasto una reverencia.

Ojalá San Martín se haya dado cuenta de que la tierra le estaba dando la bienvenida.

4. Granaderos

Aunque lo hubiese conocido de chiquito en Yapeyú, después de tanto tiempo tal vez San Martín no se acuerde de mí. Entonces, la mejor manera de acercarme sería mostrándole mi interés por la independencia: como él mismo va a elegir a los granaderos, me pondría en la fila de los candidatos, para que sí o sí nos viésemos frente a frente cuando me llegue el turno.

Al tenerme delante San Martín se va a quedar callado, mirándome de arriba abajo. Tal vez reconozca a Indio, que seguro espera conmigo en la fila y mueve la cola al verlo. Yo enseguida voy a contarle que me llamo Albertina, que se parece a "Argentina", así lo distraigo y no se fija tanto en mi estatura. Pero San Martín apenas va a escucharme...

—Mmm, no, tan chica y tan nena... —diría—. Imposible. Que pase el que sigue.

Yo, en vez de quejarme, le recordaría que él empezó la carrera militar a los once años. Y que a mí no me falta tanto.

—¿Ah, no? Bueno, entonces, pensándolo bien...

¿A ver si todavía me acepta? Tal vez a San Martín no le importe si soy mujer o varón, con tal de que sea

patriota. En su ejército hubo criollos, negros, gauchos e indios peleando juntos por lo mismo, así que... Uuuy, si San Martín me aceptara para entrenarme, me estaría metiendo en un lío. ¿Cómo le explico después que en verdad solo vine para ser su ayudante?

—Como granadera ayudaría mucho —me respondería él.

Ya sé, pero ¿qué tal si en vez de enseñarme a pelear por la independencia, me enseñara a jugar al ajedrez? Está bien que es distinto, pero en los dos casos se aprenden estrategias para avanzar y sacar del medio al rey contrario. Es más, según escuché, en el ajedrez hay que "darle mate" al rey. Y aunque no creo que cebándole mate y charlando el rey de España entienda que nos tiene que dejar en paz, el ajedrez sería para mí la mejor forma de estar cerca de la batalla.

Porque, en vez de pelear, lo que en realidad yo quisiera es estar cerca de San Martín todo el tiempo, para todo lo que él necesite: escribir sus cartas, dárselas al chasqui para que las lleve, ponerle agua oxigenada en las heridas, fijarme que los uniformes de los granaderos estén limpios y con los botones bien cosidos, ensillarle el caballo, juntarme con los

hijos de españoles como espía para escuchar las conversaciones de sus padres o contar las balas de cañón que nos quedan.

Eso le explicaría a San Martín. Que es una verdad, aunque no sea toda la verdad. Es que no puedo decirle que como granadera me moriría de miedo.

Un miedo no como el de mi amiga que si ve sangre se desmaya de la impresión. A mí eso no me pasa. Yo a propósito me arranco las cáscaras de las lastimaduras o de las picaduras de mosquito. Y dejo que sangren. Sé que, al rato, la sangre se corta sola y se seca. Después me quedo con el camino rojo pegado a la piel. Me gusta que al verme todos se asusten por lo que me pasó. Yo sé que no fue nada, pero por la sangre parece que me rebanaron la rodilla y que a mí no me importa.

Tampoco le tengo miedo al peligro. Una vez me tiré encima de un perro que estaba mordiendo a Indio, para separarlos. Mamá casi se desmaya. Dijo que yo estaba loca, que nunca volviera a hacer eso, que podía terminar marcada para toda la vida. Yo le dije que "bueno", para que se quedara tranquila. Pero sé que lo volvería a hacer. Porque en esos momentos no pensás que podés salir lastimada. Y solo te importa salvar a quien querés. Como le pasó al

granadero Baigorria cuando atacó al español que estaba por matar a San Martín en la batalla de San Lorenzo. O a Cabral, que mientras Baigorria peleaba, ayudó a San Martín a sacar la pierna atrapada debajo del caballo. A ninguno de los dos les importó que salvándole la vida a San Martín podían perder la suya. Ni lo pensaron seguro. Y creo que estando en el lugar de ellos, a mí me pasaría lo mismo. Pero no porque yo sea valiente. No lo soy... Yo salvaría a San Martín, porque perderlo es perder también toda la independencia y la libertad que él logró para nosotros. Ya lo estudié.

Pero los ejércitos de San Martín no sabían nada de la independencia. Y no porque les faltara estudiarla. Sino porque nunca la habían vivido. Los soldados de aquel tiempo, fueran indios o criollos, habían nacido en una tierra que ya estaba conquistada por los españoles. Entonces la independencia solo podían imaginársela. Y esa imaginación los inspiraba. Los granaderos tampoco sabían que iban a ser famosos y que se los nombraría en los manuales. No lo hacían por eso. San Martín y su ejército peleaban hasta morir porque no querían que el rey de España nos dijera lo que teníamos que hacer. Ellos no querían que hubiera esclavos, ni que las riquezas de

nuestra tierra se las llevaran los españoles, que ya tenían su propia tierra. Por eso peleaban.

Y yo no soy así de valiente. Por eso no podría ser granadera.

Pero... "juro que puedo ser su ayudante".

5. Señora Logia Lautaro

La primera vez que escuché hablar de la Logia Lautaro pensé que era una mujer. Porque en muchos lugares del país se dice "la Albertina", "el Facundo"... Además, como en la época colonial había nombres de lo más raros, como "Mariquita" Sánchez de Thompson, y algunos nombres eran apellidos, ¡como "San Martín"!, una mujer tranquilamente podía llamarse "Logia", y de apellido, "Lautaro". Una mujer que en secreto ofreciera su casa para que los patriotas se juntaran a planificar la independencia. Claro que tendría que haber sido una mujer muy valiente, porque nadie amigo del rey de España debía enterarse de esas reuniones.

Sí, hubiera sido una vergüenza que después de insistirle a San Martín para que me aceptara como su ayudante, en medio de nuestra primera clase de ajedrez, yo le dijera: "¿Puedo ir a lo de la señora Logia con usted para cebarles mate mientras hablan?". Al escuchar semejante burrada, él levantaría la vista por encima del tablero, muy serio. Tan serio que yo me olvidaría de si estoy jugando al ajedrez, a las damas o a los palitos chinos, y desearía nunca haberme interesado por la historia. Así nos quedaríamos mirándonos, detenidos en el

tiempo. Yo con la cara deformada que te sale cuando pateás la pelota y ves que va directo a la cabeza de una maestra, y él con los ojos achinados, mascullando lo que yo dije. Hasta que de golpe San Martín largaría la carcajada y, entre risa y risa, repetiría: "¡La señora Logia...! (Podríamos usarlo como clave)". Entonces yo respiraría de nuevo y el tiempo volvería a correr entre nosotros.

Su risa, por supuesto, sería un "sí, Albertina, podrá venir conmigo, pero ojo...".

Sí, ya sé, ojo, porque estar en las reuniones de la Logia sería como estar escondida en la casa del mago cuando practica los trucos, cuando mete en la manga, en el bolsillo y en la galera todo lo que va a necesitar para hacer su magia. Nadie debe conocer los trucos del mago antes de que los haga. Porque después, contarlos es una tentación. Por eso hasta el mismísimo mago jura a la sociedad de magos nunca revelar los trucos. Es que si él hablara o algún chico contara lo que el mago va a hacer, se arruinaría la magia para todos. Por eso los integrantes de la Logia Lautaro tenían que jurar que hasta su muerte mantendrían el secreto de los planes de independencia y de todo lo que se hablara en las reuniones. Porque cualquiera que contara lo

que San Martín iba a hacer podía arruinar la libertad para todos.

Y ojo, porque aunque yo solo cebara mate en las reuniones, también tendría que jurar mi silencio hasta la muerte. Así que lo lamento: no puedo hablar más de la Logia.

6. San Lorenzo

Yo podría ir a las tertulias si San Martín me presentara con los dueños de casa. No seré hija de europeos nacida en Argentina como los criollos que iban, pero soy bisnieta de europeos. Mi bisabuelo era italiano y mi bisabuela, alemana, o sea que soy nieta de criollos. Soy casi criolla. ¿Seré criollita?

Igual no iría a las tertulias aunque pudiese. Mientras San Martín va, yo aprovecharía para aprender a andar a caballo. No quisiera ser la única que no sepa. Encima las muías con las que cruzaron los Andes deben ser mucho más difíciles para montar que los caballos. Tendría que practicar sí o sí.

Además, en las tertulias me aburriría. Los tertulianos irán con sus hijos y sus hijas para que jueguen entre ellos. Y yo no sabría cómo jugar sus juegos ni cómo hablar para que no se rían de mí si digo palabras que para ellos son raras.

Igual, eso me sigue pasando ahora cuando voy a un cumpleaños en el que no conozco a nadie. Entonces, mientras los demás juegan, me siento a esperar que llegue el momento de la torta. Y me quedo hablando bajito o tarareando una canción...

Febo asooma;
ya sus raaaayos
iluminan el histórico conveeeento;
tras los muuuros,
sordo ruiiiiido
oír se deja de corceles y de aceeeero.
Son las hueeeestes
que prepaaaaara
San Martin para luchar en San Loreeenzo;
el clarín
estridente sonó
y la voz del gran jeeeeefe
a la carga ordenó.

Yo entré al Convento de San Lorenzo. Fuimos a visitarlo con mamá en un viaje que hicimos a Santa Fe. Por eso sé que las huestes que San Martín preparaba no eran comida como yo había pensado. Una guía nos explicó que "huestes" se le llama al ejército que San Martín había escondido detrás de los muros del convento. Ahí adentro el ejército

esperaba el amanecer sin hacer ruido, listo para atacar.

Yo también me escondería, pero para protegerme. Desde mi escondite escucharía cuando San Martín ordene "a la carga" y los granaderos salgan galopando con furia a echar a los españoles que les robaban a los vecinos de San Lorenzo. Durante la batalla, me quedaría acurrucada con los ojos cerrados, rezando para que a San Martín no le pase nada o cantando bajito...

Y nueeeestros granadeeeeros,
aliaaaaados de la gloooria,
inscriiiiiiben en la histoooooria
su páááágina mejooooor.

Hasta escuchar el paso de unas botas acercándose a mi escondite. Sé que entonces estaría temblando, porque las botas deben sonar igual sean argentinas o españolas. Pero enseguida me daría cuenta de que es San Martín porque él entraría con su pierna rengueando, y ahí sí: el ruido de las botas tiene que ser distinto.

—Albertina... —diría San Martín al verme y yo me abrazaría a su pierna sana como me abracé a la de papá para que no se fuera.

Al salir juntos del convento, intentaría agarrarle la mano.

—No, no, que tengo sangre —me avisaría él.

Pero como la sangre no me impresiona, la mano se la daría igual e iríamos juntos a enterrar a los héroes de la batalla de San Lorenzo.

Yo nunca tuve el valor para enterrar ni a una paloma. Pero esta vez haría el esfuerzo de ser fuerte y acompañar a San Martín cuando se despida del sargento Cabral. Entonces, si él me deja, yo misma cantaré unas palabras en su homenaje:

Y allíí,

salvó su arrooooojo

la liiiibertad nacieeeeente

de meeeedio continente.

¡Honor, honor al gran Caaabral!

7. El cruce

No me interesa aprender a tejer, a bordar o a coser. Pero si durante los dos años que tarda San Martín en organizar el cruce de los Andes no encuentro algo en qué ayudarlo, su esposa, Remedios, podría querer enseñarme. Y yo, antes que eso, prefiero mil veces que me manden a Tucumán caminado. Poder estar ahí cuando se declare la independencia para después contarle con detalles a San Martín lo que pasó. El, durante mi ausencia, va a parecer concentrado en sus asuntos, pero por dentro no se va a aguantar las ganas de verme llegar con noticias de Tucumán.

Yo también estaría ansiosa porque de una vez por todas declaren la independencia. En ese momento, en 1816, éramos los únicos de América que lográbamos parar a los españoles y prohibirles adueñarse de nuestra tierra como su rey quería. Y eso había que dejarlo escrito y firmado. No hacerlo hubiera sido como llegar primero en una carrera y no gritar "¡gané!" para que los demás se enteren. "Yo me declaro ganador, porque gané". O: "Nos declaramos independientes, ¡porque lo estamos siendo!". Entonces sí, con la independencia firmada, San Martín le pediría a Remedios que cosa lo antes

posible una bandera argentina con el escudo bordado, para llevarla en la Expedición Libertadora. Y yo, recién llegada de Tucumán, estaría atenta al momento en que se lo pida para escabullirme y desaparecer por un rato largo.

Es que siendo ayudante, no quisiera aprender cosas que después no me sirvan. Preferiría acompañar a San Martín a hablar con los caciques pehuenches que vivían al pie de la cordillera y estaban en esta tierra desde que la palabra "dueño" ni debía existir. Voy entonces con él a pedirles permiso para que nos dejen pasar hacia Chile por donde ellos viven. En el camino al encuentro, cada uno iría montado en su caballo, al paso, para que Indio pueda seguirnos.

En los viajes me gusta jugar a la guerra de canciones, pero me daría vergüenza proponerla y, delante de San Martín, llamar "guerra" a un juego de cantar y de letras. Mejor voy en silencio para que él pueda pensar sus planes: "Si toda la tribu pehuenche se entera por dónde —supuestamente— pasará el ejército, la información pronto llegará hasta el otro lado de las montañas, a oídos del gobierno español, que se pondrá en guardia. Así nosotros podremos engañarlos y cruzar los Andes por otro lugar donde nadie nos espere".

Aunque dos años sea mucho, me convendría que tarden tanto en juntar fuerzas para cruzar los Andes. Eso me daría tiempo de hacer buena letra y lograr que me dejen ir.

Igual puedo imaginarme lo que San Martín me diría al principio: que a 4.000 metros de altura es difícil respirar y te da dolor de cabeza y ganas de vomitar, que no hay caminos, que los precipicios, que en las montañas de día puede hacer 30 grados de calor y de noche 10 grados bajo cero, que los soldados van a tomar aguardiente para soportar el frío, pero que yo no puedo tomar alcohol...

"No me importa", le respondería a cada razón que él tenga para no llevarme. Pero sin que se dé cuenta, durante esos dos años me iría perfeccionando como jugadora de ajedrez. En todas las bibliotecas de Mendoza que fundó San Martín buscaría libros que me enseñen sobre el juego, para leerlos sola y después sorprenderlo en cada nueva partida. Así, siendo yo una buena contrincante, en el rato en que San Martín juegue conmigo lograría distraerse de sus dolores en el cuerpo y de sus preocupaciones porque el gobierno que manda en Buenos Aires no le da todo el apoyo que él necesita para organizar el cruce.

Entonces, cuando llegue el día de partir, voy a formar fila junto con los cinco mil quinientos hombres.

Firmes, listos para darlo todo por la patria. Ellos, cargando sus armas. Yo, cargando el tablero y las fichas de ajedrez para jugar en los campamentos de montaña. Indio a mi lado, con una capa de lana que le voy a tener que pedir a Remedios que me teja por culpa de no haber querido aprender.

Y al vernos así, San Martín no va a querer dejarme. Se daría cuenta de que es por su bien que yo vaya, que veinte días en la montaña es mucho sin jugar y distraerse. Entonces va a cerrar los ojos lentamente, asintiendo, pero al abrirlos, en vez de mirarme a mí, es posible que mire a Indio...

—Ayudante Albertina: usted podrá cruzar los Andes conmigo, pero el perro tiene que quedarse.

8. Indio

Nunca imaginé que tendría que dejar a Indio. Posiblemente si lo hubiera sabido, si mi compañero de banco me lo hubiera adelantado, yo ni me ponía a pensar en todo esto.

Indio no es un perro San Bernardo preparado para la montaña, ya lo sé. Pero ninguno de los hombres del ejército de San Martín había nacido preparado para cruzar los Andes. Igual lo lograron porque, según los cálculos de San Martín, hacer el cruce era la única forma de liberar Sudamérica de una vez por todas. Así podíamos sorprender a los españoles en Chile y después de vencerlos, embarcarnos desde Chile para llegar a Perú por mar y terminar con el centro de poder que tenía España en América.

Esa sería la única razón por la que Indio no debería cruzar los Andes conmigo.

No porque él sea un perro delicado que busca su alfombrita para dormir junto al calefactor. Sino porque Indio no podría entender la estrategia de San Martín para así subir la montaña motivado por lo que nos espera al bajarla. Y sin tener esa motivación, es más fácil que una noche acampando te mueras de frío o que camines sin ganas y te resbales en un precipicio. Y yo nunca me perdonaría que algo así le

pasara a mi perro solo porque yo haya querido ser la ayudante de San Martín.

Pero ¿cómo le explico que me voy y que no sé si podré volver?

No alcanzaría con que le diga que tengo que pelear por la libertad. ¿Qué le importa eso a un perro? Tu perro solo quiere estar con vos. A In-dio le daría igual si mientras estamos juntos es el rey de España el que pone las reglas en el país o la Pantera Rosa. Y un poco de razón tiene: creo que yo sentiría lo mismo si fuera mi mamá la que se va a cruzar los Andes.

Intentaría explicarle entonces que el rey de España podría levantarse una mañana y decidir que los perros no son bienvenidos. Y si yo soy esclava, si España me da órdenes, tendría que callarme la boca y a él, mandarlo a vivir a la Antártida con los perros de trineo.

Pero "¿por qué irse a liberar Chile y después Perú con riesgo de morir en el camino si en nuestro país ya declaramos la independendencia?". Sería fantástico que Indio me preguntara eso porque la respuesta es la única parte de la explicación que él cazaría al vuelo como si yo, en vez de hablar, ladrara. Es que los perros no ven los límites de los países ni les

importan. Para un perro las fronteras tienen el mismo valor que un cerco de plantas que separa tu casa de la del vecino. Para ellos todo está unido por la misma tierra, que es una sola. Alcanzaría entonces con que le mostrara que en esta tierra que pisamos ya somos libres para plantar el césped ese tupido donde a él le encanta restregarse, pero que los que nacieron del otro lado del cerco —nuestros vecinos— no pueden sembrar pasto porque a los amigos del rey de España no les parece. Indio me apoyaría entonces si salgo a echar a los amigos del rey para que nuestros vecinos planten el pasto que les guste y además, para que los amigos del rey ya no estén ni cerca como para amenazarnos con volver a nuestra tierra apenas nos descuidemos y arrancar el césped que ya hicimos crecer.

Suponiendo que al final Indio acepte mi partida, me quedaría a mí aceptar si vale la pena alejarme de él. No es una decisión fácil...

En primer lugar, porque los perros no viven tanto y me estaría perdiendo años de compartir con él, igual que San Martín se los perdió después con su hija.

También, estaría arriesgándome por conseguir libertad para que la disfruten otras personas que ni conozco y que no me quieren tanto como me quiere

mi perro o como Mercedesitas podía querer y necesitar a su papá.

Pero lo que más me cuesta es pensar qué pasaría si me arriesgo, si dejo a Indio como San Martín deja a su familia, convenciendo a miles de hombres para que lo acompañen a pelear por la independencia, y después no la conseguimos: fracasamos.

Ese es mi miedo. El miedo por el que no podría ser granadera.

¿Alguna vez San Martín lo habrá sentido?

¿Será eso especialmente lo que te convierte en prócer? Tener mucho miedo a no conseguir lo que te propusiste para el bien de todos, pero igual salir a buscarlo...

9. La lista

Cuando nazca su hija, San Martín va a estar en los últimos preparativos para el cruce. Y siempre en los últimos momentos, cuando los adultos se están preparando para salir, es mejor no tocar nada a su alrededor, no preguntarles nada y, si es posible, ni siquiera andarles cerca. Porque si se distraen y después se olvidan de llevar algo, pueden echarle la culpa.

Lo mejor que yo tendría para hacer entonces es escribirle a San Martín la lista de lo que debe llevarse al cruce de los Andes y dejarla pegada en su pava, así él la encuentra en el próximo mate que se cebe. Firmada por mí, claro, para que no se olvide de lo bien que hizo al aceptarme como su ayudante.

La lista del cruce

- el sable corvo (con él peleó en todas las batallas, así que debe ser cábala para la victoria. Por favor no se lo olvide...);
- 5.500 soldados (muchos son esclavos negros a los que primero va a tener que enseñarles a ser soldados para que puedan ayudarnos en la

batalla, pero también para que logren su propia libertad. Porque gracias a hacerse soldados, nunca más van a ser esclavos);

- 20 cañones y las balas de los cañones;
- 1.500 caballos;
- 10.000 muías para montar y para que carguen las provisiones;
- agua y comida para que 5.500 hombres coman por un mes;
- monturas, fusiles, bayonetas, sables y granadas;
- herraduras y mantas para los animales;
- carpas;
- frazadas y ponchos para taparse de noche;
- uno o varios botiquines de primeros auxilios;
- la bandera argentina.

Albertina.

Después de dejarle la lista, tal vez la mejor forma de ayudarlo sea irme del campamento donde se prepara el ejército y ofrecerle mi ayuda a Remedios, que tendría a Merceditas recién nacida.

Una vez que me ofrezca, no podría arrepentirme aunque enseguida recuerde que los bebés coloniales no usaban pañal descartable. Usaban chiripas de tela que había que lavar con jabón —no importa

cuánta caca tuvieran— y después volverlos a usar. Por suerte tengo algo de experiencia: cambiar chiripás no debe ser mucho peor que juntar con un papel la torta que deja Indio en la vereda.

10. Mercedesitas

Entonces me quedaría cuidando a Mercedesitas mientras San Martín se ocupa de la lista de cosas para llevar al cruce y Remedios termina de bordar la bandera.

Me gustaría cuidar de su hija por más tiempo, hasta que ella, de tanto verme, piense que soy su hermana. Pero para cuando Mercedesitas haya cumplido cuatro meses, su papá y yo tendríamos que dejarla para seguir liberando América.

Creo que, al principio, es el padre el que peor la pasa si se aleja. El que más extraña. Porque un bebé de cuatro meses debe ser demasiado bebé como para acordarse de su papá y extrañarlo. Pero después, para mí que es al revés: San Martín se acostumbra a no ver a su hija y se concentra en sus asuntos.

Mientras que Mercedesitas, ya más grande, entiende lo que la gente dice. Y cuando escucha en la calle o en los negocios que hablan de San Martín como el "padre de la patria", se pone celosa pensando que su papá pasa más tiempo con la patria que con ella.

Es ahí cuando yo ayudaría a San Martín sin que él se dé cuenta. Porque, ocupado como va a estar y con lo difícil que le debía ser respirar en las montañas por sus malos pulmones, no se acordaría

de pedirme que le escriba a Merceditas. Además, tal vez San Martín cree que su hija sin él está perfecta, cuidada por la mamá y los abuelos maternos. Pero de estas cosas, yo sé más que San Martín. Y estoy segura de que Merceditas necesitaría que su papá le escriba seguido.

Entonces me presentaría por carta, le diría que soy Albertina, la ayudante de San Martín, la que la cuidaba apenas nació. Como cuatro meses siendo bebé es nada de tiempo para llegar a conocer a un papá, voy a escribirle sobre San Martín así, cuando se vuelvan a encontrar, Merceditas no tendría que empezar a conocerlo tan de cero.

Lo primero que le voy a contar es que San Martín cruzó los Andes en muía y en burro. Que aunque después ella vea por todas partes cuadros de su papá en un caballo blanco con las montañas atrás, tiene que saber que solo las muías podían cargar personas por lugares tan difíciles de transitar. Por supuesto que no voy a decirle que por los dolores que San Martín tenía, a veces ni siquiera podía montar una muía o un burro y había que trasladarlo en camilla.

En cambio, le contaría que en los campamentos en las montañas, alrededor del fuego, San Martín leía

en voz alta para los que no sabían leer, tal vez porque no podía leerle cuentos a ella antes de dormirse. Porque aunque yo no lo escribí en la lista de cosas para llevar al cruce, parece que su papá siempre viajaba con libros. Y amaba tanto los libros que después de liberar Chile fundó una biblioteca en la capital del país. Y esto Merceditas tendría que saberlo: para crear esa biblioteca, San Martín usó la plata del premio que Chile le dio en agradecimiento por la libertad. Ella tendría que saberlo para que no se entristezca si su papá no le trae regalos de Chile. Seguro que es porque se quedó sin plata.

También le escribiría desde Perú, para contarle que San Martín ya cumplió su sueño. Y que los peruanos van a empezar a ser libres gracias a él, y que por eso a su papá lo nombraron "protector". Y ser protector de un país es más lindo y significa mucho más que ser su presi-dente.

Le escribiría todo lo que pueda, aunque Merceditas sea muy chica para leer o no me responda. Porque igual, yo estaría de acá para allá con San Martín, sin un domicilio fijo como para que sus cartas me lleguen. Además, para mí lo único importante sería que Merceditas no tenga miedo pensando que su papá no va a volver.

"Falta cada vez menos para que se encuentren. Pero mientras tanto no estés celosa. Porque aunque San Martín sea el padre de la patria, la patria no es otra persona a la que tu papá quiere más. La patria sos vos, Merceditas. Y yo también soy la patria. ¡Hasta mi compañero de banco es la patria! Y tu papá, San Martín, sin conocernos, quería que todos nosotros, como patria, fuéramos libres".

11. Regreso

El timbre de salida toca antes de que llegue a despedirme de San Martín. Y es una suerte. Prefiero que no me alcance el tiempo para imaginar ese momento.

Seguramente, si él me lo permitía, con Indio lo habiéramos acompañado hasta el puerto, y lo habiéramos visto embarcarse con Merceditas para irse juntos a Europa. Pero ¿por qué se fue tan lejos? En vez de quedarse acá disfrutando de lo que había logrado... Eso es lo que quiero entender.

Estando ahí y viendo lo que pasaba en nuestro país en ese entonces, seguro lo hubiera entendido. Ahora tengo que leerlo... Creo que ya estoy llegando a la parte del libro que explica por qué San Martín se fue y no volvió. (Esta vez papá la pegó con el regalo. Se lo voy a decir cuando me llame. Nunca me había mandado un libro y menos uno de historia y, menos que menos, de historia de San Martín).

Igual, entienda o no entienda por qué tuvo que irse a Europa, sé que si en el puerto San Martín me hubiera pedido que me fuera con él como su ayudante, me habría puesto entre la espada y la pared. Y no lo digo por el tiempo: porque su barco estuviera por zarpar y yo todavía sin decidirme, o

porque haya tocado el timbre y todos menos yo estén entregándole a la maestra la carta que escribieron. El tiempo es lo de menos. Pero la distancia...

Yo en esto debo ser como Indio, porque me causan gracia las fronteras que nos separan de los países vecinos. Me las imagino como líneas de pintura blanca que marcan los límites de una cancha de fútbol: levantás la pierna, la pasás del otro lado de la línea y ya estás en el país de al lado. Si hasta un árbol puede tener su tronco en Argentina y sus raíces tomando agua de Bolivia. Es la misma tierra toda unida por debajo. Ni al árbol ni a los perros les importan las fronteras que van por arriba. Pero cuando hay un océano de separación, ya es otra cosa. Un árbol no crece tapado por el mar. Indio no se mete al agua ni aunque vea flotando el mejor hueso del mundo. Y yo...

Remedios murió cuando Merceditas tenía siete años, por eso es obvio que ella se fuera a Europa con su papá. Pero mi mamá por suerte vive y ahora mismo me está esperando con la comida. Además está Indio, al que seguro no lo hubieran dejado viajar en el barco en el que San Martín se fue. Y papá me dijo bien claro que, si me mudaba con él, el perro se

tenía que quedar en Argentina. Pero yo no iba a dejarlo. Yo necesito estar donde mamá e Indio estén. Si ellos están en Argentina, Argentina es mi patria entonces.

Ahora cuando llegue a casa, mamá va a pedirme que le cuente cómo me fue. Mientras que Indio me va a recibir saltando, tirándose al piso, llorando de emoción como hace siempre que vuelvo. Creo que él no podría darme una bienvenida más grande que la que ya me da. Indio me recibiría igual si en vez de volver de la escuela, yo estuviera volviendo del cruce de los Andes.

En el almuerzo, voy a contarle a mamá lo de la carta a San Martín. Ella me entiende y no va a retarme si le digo que no hice la tarea, que ni empecé a escribirla porque mi compañero me distrajo con lo de Papá Noel. Mamá me entiende tanto que si le cuento lo que hice en vez de escribir, después es capaz de cargarme. Y cada vez que me pida que la acompañe a hacer compras y yo le responda que estoy cansada, va a decirme: "Bien que cruzando los Andes con San Martín no te quejarías, y ahora no podés caminar ni cinco cuadras conmigo". O dentro de un rato, cuando terminemos de comer, es capaz de decirme: "Yo te pido que juntes la mesa y ponés

caras, Albertina, pero si San Martín te pedía que cargaras el tablero de ajedrez de acá para allá, vos bien calladita la boca y con la vista al frente, ¿no?".

¡Y, obvio, mamá! Pero no es mi culpa que así sea.

Es que es mucho más fácil querer ser ayudante para llevar la independencia y la libertad de un lugar a otro, que para llevar platos y vasos de la mesa a la pileta.

Yo sé que ella me va a entender. Igual, hoy la ayudo con la mesa para que no se ponga celosa. Porque estar celosa de San Martín es tan ridículo como compararlo con Papá Noel.

TE cuento que a liza...

... no le encantaba ni un poco estudiar Historia cuando era chica. Aprender de memoria nombres de batallas y fechas para pasar las pruebas la ponía de muy mal humor. Ella necesitaba entender profundamente por qué peleaban nuestros próceres, qué querían lograr, cómo soñaban que fuera su tierra y cómo esos sueños soñados en un pasado se conectaban con el presente en el que ella estaba. Pero nada de lo que Liza necesitaba para disfrutar de la Historia lo encontraba en los manuales ni en la forma en que sus maestras le enseñaban.

Y como sentirse alejada de su Historia le daba pena, hasta creyó en un personaje sin darse cuenta de que ella misma se lo había inventado: la patriota

Gloría Morín, una mujer valiente por la que todos juraban fidelidad a la patria cuando cantaban esa parte del himno nacional que dice: /Ooooh juremos con "Gloria Morín"! Recién después de varios años y muy a su pesar, Liza se enteró de que no existía aquella tal Gloria y que lo que se juraba era "morir". Por eso le resultó tan placentero escribir este libro. Para volver a ser nena en el cuerpo de Albertina y acercarse a la Historia como le hubiera gustado hacer de chica: desde el sentimiento y pudiendo

mirar lo que pasó hace muchos años como parte de un tiempo ininterrumpido y estrechamente unido a su presente.